

Guerra civil, guerra incivil

María del Mar Mozo'

La frase "compadezco a los de Cuba al tener que vivir así porque otros lo quieren": junto a "no me explico cómo el gobierno deja a los desplazados tirados por ahí", son utilizadas por María Mercedes Retegui al comparar lo que viven los cubanos y los desplazados en Colombia hoy en día, con lo que le tocó vivir a ella hace sesenta y ocho años.

"Teníamos dinero, pero no servía para nada. Franco le dio muy duro al país Vasco que no tiene mucha tierra, y lo poco que se producía, el gobierno lo tenía muy controlado. El año 51 fue el peor para nosotros. Había mucha hambre, mi madre se dedicaba a la casa, a mantener todo en orden y a criarnos. Cinco hijos es bastante trabajo para una sola persona. Mi padre salía a trabajar la tierra, como la mayoría del pueblo. Sin embargo, necesitábamos pases para comer y para adquirir bienes. No podíamos hacer uso de lo que producíamos. Teníamos que entregarle toda la producción al Estado, mejor dicho a Franco. Era un poco parecido a Cuba, con la diferencia de que nosotros no vivimos el bloqueo. Me tocó ver a muchas familias y amigos aguantar hambre y pasar necesidades. La escasez era tanta, en toda España, que mucha gente murió por falta de alimentos. Ese manejo de pases que le dio el gobierno a todo hizo que con el tiempo se introdujera el contrabando y así se lograban intercambiar algunas cosas. Pero el gobierno era muy disciplinado y nos tenía en racionamiento. Era horrible, la libertad no existía. Yo en ese entonces, ya estaba casada y tenía dos hijos. Ya mis padres no tenían que cargar con cinco, sino sólo con cuatro. A mi esposo, Guillermo Leunda, la dictadura le había quitado a su hermano menor de veintiún años de edad. Lo más triste de eso es saber que él era franquista. Esa fue la razón para que decidiéramos que nos vendríamos para Colombia, porque como

¹ Cali, 1981. Egresada de Economía y Negocios Internacionales, Universidad Icesi, Cali.

él dijo en ese entonces: "Ninguno de mis hijos le va a servir a Franco. Prefiero irme». Y eso fue lo que hicimos. Compramos maquinaria y nos instalamos en Colombia, en Cali para ser precisos. Hoy mi esposo ya no vive, pero logró dejarles a sus tres hijos un negocio familiar, lejos de la dictadura. Con este negocio, sacamos a nuestra familia adelante y logramos que todos se educaran. Hoy, todos tienen una familia y están bien posicionados en el mercado laboral':

María Mercedes tiene ochenta y seis años y vive con su hija mayor y un nieto en una casa al norte de Cali. Se conserva muy bien para su edad y dedica los jueves a encontrarse con las amigas que le quedan.

Tiene una finca cerca a Cali, pero dice que va muy poco porque le da miedo. A pesar de sus vivencias en la Guerra Civil Española, cuando era sólo una niña, no se acostumbra a la violencia que se vive en Colombia y aún siente miedo por lo que pueda pasarle en las calles.

Nació en el País Vasco, en el año de 1925, hija de padres socialistas. Cuando cumplió los seis años se creó la segunda República Española, que tenía como objetivo transferir el poder de los terratenientes a las clases medias apoyadas por el campesinado; otro objetivo era mantener a la políticamente poderosa Iglesia, dentro de unos límites. También luchaban por democratizar la estructura del ejército, laicizar el sistema educativo y efectuar una modesta redistribución de las tierras.

El padre de María Mercedes, como buen socialista, apoyaba a los republicanos, pero gran parte de los católicos y de los que pertenecían a la clase media se opusieron a estas medidas. En septiembre de 1933, el Gobierno dimitió y en las siguientes elecciones los partidos de la izquierda sufrieron una aplastante derrota. «Yo era muy chica, pero aún recuerdo la cara de desconsuelo de mi padre con esa noticia». La nueva República derechista permitió que quedara sin efecto todo lo que habían logrado sus predecesores. Durante los dos años siguientes se extendió la violencia.

"Cuando la Guerra Civil estalló, yo acababa de cumplir once años. Es curioso, la guerra cayó, primero, como una tragedia, claro, pero también casi como una fiesta. Porque la primera consecuencia es que no había escuela. Esto era una liberación, pensaba en ese entonces, sin darme cuenta de lo que me haría falta estudiar. Pero no sólo no había escuela, sino que las fábricas no trabajaban. Los trabajadores se reunían, desconcertados, sin saber dónde estaba el enemigo, discutían y buscaban armas. Son los azares de una guerra incivil. Esa conmoción la sentí primero con la angustia de que nos iba a ocurrir algo. No sabíamos quién, ni por dónde nos iban a atacar. Es aterrador estar en esa situación. Dejé de ir al colegio y de ver a muchos de mis amigos. A muchos de los profesores les tocó ir a pelear al frente y otros fueron acusados por ser izquierdistas. De repente, mi vida cambió. El gobierno Vasco, por fortuna, nos acogió a todos y nos movió de un lugar a otro para que no fuéramos víctimas de la guerra. Esa época la recuerdo muy bien. Mi padre vino corriendo a casa y nos dijo que había que salir enseguida para Santander. Dijo a mi madre: «Inmediatamente». Recuerdo que salí al balcón y vi que estaban cortando la carretera cruzando dos tranvías ahí mismo, en frente de la central. Mi madre quiso llevar alguna ropa, pero mi padre no la dejó. No había tiempo para eso, y además era cosa de unos días. Días que se alargaron años. Vi como muchos morían y no por disparos, sino de hambre. La primera ciudad a la que fuimos trasladados fue a Santander. Allí no estuvimos mucho tiempo pero permanecemos juntos, por fortuna. La verdad es que tuvimos mucha suerte.

"Luego, fuimos movilizados a Asturias: Una vez los bombardeos se acercaron mi padre tuvo que pelear. El tuvo la suerte de pelear por su causa, en el frente contra la Falange, y digo que tuvo la suerte porque muchos eran sometidos por Franco. Fue terrible. Allí cayó prisionero, pero fue liberado por unos informes que dio el pueblo. La verdad yo no me enteré muy bien de aquello, lo que sé es que estuvo unos meses preso y luego regresó a nuestro lado. De Asturias nos trasladaron a Francia, que trató de acoger a mucha gente y apoyar a la izquierda; claro que las movilizaciones se hacían de manera inhumana: nos dejaban esperando en las calles mientras llegaba el tren, eran horas y horas sin nada que comer. Luego, cuando el tren arribaba, metían mucha gente, como cincuenta en un vagón en

dónde sólo cabían treinta. Se sentía uno como un animal, sin aire, sin comida, sin nada.

"Después teníamos que aguantar el viaje. Recuerdo que en Oviedo, cuando íbamos a abordar un tren rumbo a Francia, vi a alguien morir de hambre. Lo recuerdo con mucho dolor. Yo era muy chica, pero el pequeño que vi era tan solo un bebé. Su madre lo cargaba, acompañada de toda su familia, desesperados pidiendo auxilio. Fue un golpe muy duro para todos los que nos encontrábamos allí porque no podíamos hacer nada. El rostro de la madre y de toda la familia del bebé nunca se me borrará de la memoria.

"Perdí contacto con todas mis amigas y, al final, fuimos trasladados a Cataluña, aunque tuve la fortuna de permanecer siempre con mi familia. Muchos fueron separados y muchos niños fueron llevados a México, Rusia e Inglaterra. En Cataluña viví con el veterinario del pueblo. Esa familia me acogió siendo franquista, y no les importó que mi familia fuera socialista. Se portaron muy bien conmigo, siempre tuve cama y comida en el plato. Soy muy agradecida por esa razón. Es por eso que no entiendo cómo puede existir gente desplazada a causa de la guerra en Colombia, sin nada que comer. Permanecemos allí hasta que la guerra terminó. Nos demoramos de Barcelona al país Vasco como cinco días, en condiciones bastante inhumanas. Cuando llegamos, la casa la habían saqueado. Eso no nos importó porque, por fin, estábamos en casa y las cosas iban a mejorar. Lo materiallo podíamos conseguir. Lo importante, en aquellos momentos, era sobrevivir.

"Yo creo que he quedado marcada para siempre con ese hierro de la guerra, igual como se marca un ganado. También fue grande la marca que me dejó la religión. Yo pasé por unas revueltas interiores en lo religioso, difíciles de superar. Estuve alejada de la Iglesia, sin respetar nada de lo que antes había respetado.

"Durante la guerra la Iglesia tomó una posición beligerante aliado del franquismo. Franco la utilizó políticamente y como, por desgracia, ha sucedido otras veces en la historia, la Iglesia estuvo por el imperio de la fuerza y no por los derechos del hombre, del pueblo, que son los verdaderos fundamentos de Cristo. Para mí, que era muy chica, fue muy evidente la injusticia de ese interés. A mí me salvó el testimonio de nuestros sacerdotes, los que estaban aliado del pueblo.

Sin embargo, muchos de ellos se desperdiciaron haciendo parte de una Iglesia que no tenía credibilidad ante la gente".

En el pueblo de María Mercedes los ciudadanos pertenecían a diferentes partidos políticos y, durante los bombardeos, fueron trasladados a distintos lugares, donde pasaron la guerra. Al final, en la dictadura de Franco, la mayoría regresó a buscar lo que quedaba de sus pertenencias.

"Después de la guerra y durante la dictadura, tuvimos buenas relaciones con todos los del pueblo y nos respetábamos la forma de pensar. Eso me gustaba y me llamaba mucho la atención, pues aprendimos a vivir con nuestras diferencias. Además, por lo que pude percibir, la mayoría no estuvo nunca de acuerdo con la guerra. Recuerdo que me reuní con mis amigas a hablar sobre todas nuestras experiencias, y fue muy interesante. Ahí me di cuenta que así nos hubiera tocado pasar por muchos momentos difíciles, fuimos afortunados de salir con vida, tener comida y permanecer juntos.

"Quise retornar al colegio después de la guerra, pero me negaba rotundamente a tener que cantar el Himno al sol y tener que saludar como lo ordenaba el gobierno de Franco. Recuerdo que me inscribí en la escuela nocturna con la aprobación de mi mamá. Los profesores trataban de inculcarnos las políticas de Franco y todo lo concerniente a su gobierno. Es como si tuviéramos que transformar nuestras creencias.

"Yo, a los pocos días, le dije a mi mamá que no volvería al colegio.

"Y, después de oír mis razones, no tuvo ninguna objeción".

Cuando María Mercedes y su esposo llegaron a Colombia tuvieron que pasar por muchas dificultades para montar su negocio. Al final todo les salió bien. Ellos enfrentaron las dificultades con mucho ánimo y con una actitud muy positiva.

Ahora está ilusionada con la llegada de su primer bisnieto: su nieta, que vive en las Islas Canarias, tiene cuatro meses de embarazo. Además, dos nietos que residen en Cali están próximos a casarse. Dos de sus tres hijos viven en la ciudad de Cali, uno de ellos maneja el negocio que montó su padre. El contacto con sus raíces españolas es muy estrecho. Todos sus hijos y nietos han asistido al colegio Hispanoamericano, incluso han pertenecido a la junta directiva. Además de esto, frecuentan el Centro Español, un club ubicado en Menga, en el que se reúne la colonia española. Todos ellos conocen bien sus

raíces aunque hayan nacido en Colombia. Uno de sus hijos es casado con la hija de unos españoles.

"No podemos negar que Colombia nos ha tratado muy bien, pero patria es patria y así seguirá siendo", dice María Mercedes con la mirada perdida.

Junio de 2004

Inglés básico

Ana Carolina Otálvaro'

1

Estar en la cárcel ha sido mi mayor drama, claro que también lo fue separarme de mi mujer. Pero es que igual, las dos cosas se dieron al mismo tiempo.

Eso fue cuando tenía veintiún años. Mi hermano me consiguió un trabajo de portero en una discoteca. Era mi primer día y yo estaba muy pilas porque me estaban probando y dependiendo de eso me dejaban trabajando allí.

Había muchas personas afuera. Ya eran casi las doce de la noche y la gente todavía llegaba. Hasta ese momento todo había estado bien y yo me sentía contento porque el trabajo pintaba bueno. A eso de las doce y media llegó una camioneta del DAS. Yo no me preocupé porque las cosas estaban en orden allí afuera y las personas estaban organizadas esperando para entrar, aunque muchos se asustaron, se salieron de la fila y se fueron. Yo me acerqué un poco como para recibirlos amablemente, para ver qué necesitaban. Pero ellos no me dijeron nada. Me cogieron del brazo mientras otros me apuntaban con armas y me subieron a la camioneta. Fui el primero en estar arriba y no me dejaron hablar. Me dijeron que todo lo que dijera podía ser usado en mi contra. Y yo que pensaba que eso solamente lo decían en las películas de acción, me di cuenta que era real porque lo oí y viví en ese momento.

Poco a poco fueron sacando a más gente de la discoteca: al administrador' al cajero, al barman, a los meseros, a unos clientes y a unas muchachas que estaban como drogadas. Ahí fue que me di cuenta de lo que pasaba: en esa discoteca se estaban distribuyendo drogas y yo estaba sano. Como mi trabajo era estar afuera, ni me enteraba de lo que pasaba allá adentro.

1 Cali, 1986. Estudiante de Contaduría Pública y Finanzas, Universidad Icesi, Cali.